

Isaac Goldberg

La muerte nos ha robado prematuramente, cruelmente, a uno de los críticos más distinguidos de nuestra época, Isaac Goldberg. A los cincuenta años de edad había producido más que dos o tres hombres ordinarios. Le he llamado crítico, pero éste es un término demasiado restricto para este polígrafo y poligloto. Era un artista, un espíritu creador como lo demuestran sus cuentos y sus composiciones musicales, una de las cuales reproduce Allen Crandall en su librito, *Isaac Goldberg, an appreciation*. Yo sé que había escrito una novela que nunca publicó, pero de sus cuentos tenemos dos colecciones. Fué ese espíritu creador el que le impulsó a expresarse en publicaciones que él mismo podía dirigir, como *The Stratford Monthly*, más tarde *The Stratford Journal*, “revista internacional”, de la cual fué codirector con Henry L. Schnittkind, y más recientemente *Panorama*, “examen mensual de personas e ideas”. Y justamente las personas y las ideas absorbían su vida, una vida enteramente intelectual. No quiero decir que era un pedante, un fruto seco de la erudición. Al contrario, se burlaba a menudo de nosotros los catedráticos, especialistas y miopes. Quería que el mundo inteligente gozase de las ideas liberales y humanas de los escritores y pensadores de ayer y de hoy. Hizo todo lo posible para diseminar las ideas y bellas artes con brío y esplendor.

Durante muchos años escribió artículos sobre literatura y música para el *Boston Transcript* y el *Haldeman Julius Weekly*,

aquél, periódico ultraconservador y éste uno de los periódicos más liberales que se pueda imaginar. ¿Cómo era posible eso? Pues Goldberg no era un fanático, nunca se metió en cuestiones efímeras de política actual, era diseminador de cultura. Y por eso escribió tantos "little blue books", folletos baratísimos de cincuenta páginas para Haldeman Julius que hicieron tanto para vulgarizar a los grandes pensadores y artistas del pasado. Entre estos folletos figuran estudios sobre Dante, Rabelais, Cervantes, Camoens y hasta sobre la *Poesía mexicana*. Fué también a un tiempo redactor literario del *American Freeman* y el *American Mercury* cuando éste fué dirigido por esos "enfants terribles" de la crítica americana, H. L. Mencken y George Jean Nathan. De su contacto con ellos resultaron dos libros, *The Man Mencken* y *The Theatre of George Jean Nathan*. Pero no escribió sólo sobre autores y libros. Tan grande era su entusiasmo por las obras que le gustaban, que se apresuró a traducirlas al inglés: obras dramáticas, novelas y cuentos; del español, portugués, italiano, francés, alemán y sobre todo del yiddish, que según él tenía una literatura moderna importantísima y de la cual escribió con autoridad.

Estaba tan ocupado en leer y escribir, e ir a los teatros y conciertos, que no tenía tiempo para las trivialidades de la vida de todos los días. Sin ser descortés ni áspero no se dejó arrastrar por la corriente vulgar de hoy. No tenía ni tiempo ni inclinación para viajar. Raras veces salía de Boston y creo que nunca fué más lejos que a Nueva York. Me dijo una vez que para encontrar ideas no es preciso viajar.

Cuando le fué otorgada una subvención de la fundación Guggenheim tuvo que renunciar a ella, porque una de las cláusulas lo obligaba a viajar por Sudamérica.

Este Terencio moderno que dijo una vez: "Soy judío y no soy indiferente a nada que se relacione con la humanidad", se encontraba a menudo en oposición, siempre urbana, con la atmósfera puritana anglosajona de Boston que es todavía más fuerte en Boston que en Nueva York o Chicago, y de ese sentimiento de represión resultaron varios libros sobre el sexo, como *Panorama, a Book of Critical and Aesthetic Views*, y *The Sexual Life*

of Man, Woman and Child, además de dos colecciones de cuentos, *Sexariana* y *Madame Sex*. Fué sin duda esta rebelión contra la persecución de Ellis, el gran escritor inglés, renombrado por sus estudios sobre el sexo, la que le indujo a escribir su biografía, *Havelock Ellis*. Y aunque escribió libros sobre rebeldes como Mencken, Nathan y Ellis, tenía una gran veneración por sus maestros de Harvard University, Ford, Grandgent y Santayana, por ejemplo. Por Ford, que escribió varios prefacios para sus libros, tenía una veneración especial. Y fué Ford quien escribió el prefacio y examinó antes de publicarse su libro póstumo, *The Wonder of Words*. Esta obra es verdaderamente un milagro, una maravilla, libro de erudición filológica, pero sin pedantería, libro que puede leer cualquiera persona inteligente, libro escrito por un artista.

Yo conocí a Goldberg cuando éramos estudiantes en Harvard University. Recibimos juntos nuestro doctorado en 1912. Nunca robusto, sufrió una postración nerviosa después de sus exámenes. Para distraerse empezó a leer las operetas de Gilbert y Sullivan. Resultó un libro, titulado *Sir William Gilbert*, que más tarde fue convertido en *The Story of Gilbert and Sullivan*, calificado por muchos críticos como la obra más autorizada sobre estos ingleses geniales. En este libro brilló Goldberg como crítico literario y musical. Había pensado hacerse profesor, pero habiendo empezado a manejar la pluma, continuó escribiendo artículos, ensayos, reseñas y libros, hasta que se impuso como autor. Nunca le gustó hablar en público, y profesó solamente durante dos años como "special lecturer" sobre la literatura iberoamericana en Harvard University. Cuando la muerte le sorprendió, estaba preparando una historia general de la literatura iberoamericana, obra que debía amplificar sus *Studies in Spanish American Literature* y su *Brazilian Literature*, ambos libros autorizados. Si solamente hubiese escrito estos dos estudios, habría ganado un puesto eminente en la historia de la crítica literaria del Nuevo Mundo.

Ave atque vale, Goldberg. Vamos a echar de menos tu entusiasmo para las letras iberoamericanas, tu erudición y tu pluma brillante.

SAMUEL M. WAXMAN.

